

LA PROFESIONAL

Una, señor juez, es lo que es por las cosas de la vida. Mucha necesidad y poco o nada con que remediarlo. Mucha hambre para puchero tan chico, que decimos allá en mi tierra. Mis padres, que eran de un pueblecito de Badajoz, se llevaban muy malamente, sabe usted, y se pasaban el santo día tirándose los platos a la cabeza con tanta puntería que la mayor parte del tiempo andaban descalabrados. A mi padre, que no trabajaba porque decía que era malo para los riñones, le dio por empinar el codo, y un día sí y al otro también, volvía a casa borracho como una cuba, con un tufo a vino que tiraba de espaldas. Hasta que en cierta ocasión, a raíz de una pelotera sonada con la madre de esta que suscribe, se fue con lo puesto y no volvimos a saber de él. En vez de alegrarse, mi madre se puso hecha una fiera, y se le agrió más el carácter si cabe, y andaba de un lado para otro cagándose en Dios y en todos los Santos del calendario, dicho sea con perdón, y como ya no podía desahogarse con el borrachín de su marido, padre asimismo de esta pobre pecadora, le dio por meterse con una, y me ponía de vuelta y media, que había salido al vago de mi padre, que no sabía hacer nada a derechas y que me pasaba el día rascándome la barriga. El caso es que cuando yo contaba trece años, mi madre se lió con un viajante de comercio, de Santander sin ir más lejos, y como a mí no me quería para maldita la cosa, me dijo ahí te pudras, si te he visto no me acuerdo, y se fue a vivir su vida, que decía ella. Me recogió una tía mía, de nombre Marta para más señas, hermana de mi madre, de profesión sus labores, que me puso a servir en casa de unos señorones de

Valladolid de mucha propasia o prosapia o como se diga eso, que me trataban como si fuera de la familia, o sea que ni me pagaban ni nada, me daban de comer y con eso ya podía darme con un canto en los dientes. A los catorce años ya tenía una su palmito, un par de pechos bien plantados, unas piernas largas y finas de portada de revista y unas mejillas sonrojadas que daba gloria verlas, aunque me esté mal el decirlo. Por la calle, los hombres se volvían para mirarme y decirme barbaridades. Mi tía Marta me enseñó a pintarme y a contonearme y me regaló mi primer par de medias de nilón y un buen día me presentó a un señor de Bilbao, de estos de bigote, calva y barriga, para que me echara una mano. Y sí que me la echó el muy fresco, pero al culo, que luego me enteré que mi tía, que estaba hecha una buena pieza, le había vendido mi virgo por veinte mil pesetas y la voluntad. Le canté las cuarenta a mi señora tía, que en viendo que la sobrina le salía respondona, ni corta ni perezosa me puso de patitas en la calle, y con cuatro perras que tenía ahorradas, me subí a un autobús de los de línea y me planté en la ciudad. Allí estuve sirviendo en unas cuantas casas, pero el trabajo no me duraba, sabe usted, porque como una estaba tierna y de buen ver, los hombres se me tiraban encima a la primera de cambio, y las mujeres me miraban con desconfianza y también con un pelín de envidia, todo hay que decirlo, de suerte que o me echaban a los pocos días o se iba una para evitar males mayores. A los pocos meses, en un supermercado conocí a Casimiro, que trabajaba en la caja y que me invitó a salir, y que en un momento de calentura, en la última fila de un cine donde estábamos solos, viendo una de romanos, me la metió en un descuido y me dejó preñada con premeditación y alevosía, aunque eso sí, se ofreció a casarse conmigo para no hacerme un

feo, que decía él. Feliz, señor juez, lo que se dice feliz, fui lo justo, visto y no visto, que bien poco dura la alegría en casa del pobre. Tuve a mi Manolín, al año a mi Rosario, y a continuación a mi Felipito, rubio, una monada. Así, a los dieciocho años me encontré madre de tres criaturas. Vivíamos en un pisito de la calle Tarifa, a dos pasos del centro. Comodidades, señor juez, ninguna, pero íbamos tirando, que suele decirse, y tal como estaba la vida de achuchada, si teníamos para comer, pues tan contentos. Pero el Casimiro, que en un principio se portó, con el tiempo y una caña me salió rana. Empezaron por echarle del supermercado, pues se ve que se le iba la mano tras alguna que otra clienta, aunque él me juró y me perjuró que era mentira podrida, que el hijo del dueño le había cogido tirria. Con el rollo del paro, se pasaba el santo día en casa, sin dar golpe, fumando como un carretero, con los brazos cruzados, contemplando las musarañas, dejándomelo todo perdidito de ceniza. Cuando le dije que a ver si hacía algo de provecho, fue y me puso los cuernos con la vecina del entresuelo segunda. Estuve un tiempo mirando para otro lado, para el entresuelo primera, haciendo la vista gorda. Dejó a la vecina, alabado sea Dios, por la estanquera de la esquina, será hijoputa, huy, perdón, se me ha escapado, y cuando se quitó del tabaco, dejó a la estanquera por una corista cuarentona, y a ésta por una niña moderna, de uñas verdes, pelo rojo y cazadora con clavos. Así que nos pasábamos los días peleando y tirándonos a la cabeza los pocos trastos que teníamos, igualito que antes los padres de una. Los niños no tenían la culpa de nada, angelitos míos, pero recibían por todos lados, por aquello de que siempre pagan justos por pecadores. Total, que un buen día, el cabrón del Casimiro, con perdón, me dejó plantada, y desde entonces no he vuelto a saber

de él, ni falta que hace, que lo único que me dio en esta vida, aparte de algún que otro achuchón, fueron disgustos, y de éstos anda una más que sobrada. Así que ya me tiene usted compuesta y sin novio, que suele decirse, pero con tres críos auestas. De la noche a la mañana se me vino el mundo encima. ¿Y ahora qué? Le juro a usted, señor juez, por éstas, que antes de aquello lo probé todo. Hasta me acerqué al ayuntamiento y al ministerio de no sé qué y no sé cuántos, y la seguridad social y la tira de sitios más a ver si podían darme una ayuda, que estaba muy necesitada con tres bocas en casa y sin un mal cacho pan que meternos entre pecho y espalda. Entre todos me traían de cabeza, me hacían ir de un lado a otro, me pasaba el día p'arriba y p'abajo, coleccionando papeles, haciendo colas, rellenando cuestionarios, timbres, sellados, yo qué sé, la historia de nunca acabar. Una tiene aguante, pero todo tiene un límite en esta vida, y cierta tarde en que iba a hacer una de esas gestiones, cruzando el parque de Buenavista, me derrumbé, como quien ya no tiene fuerzas para seguir adelante. Me dejé caer en un banco y rompí a llorar como una descosida, tan harta estaba de todos y de todo. En esto que se me acerca un señor muy bien trajeado, corbata de seda, alfiler de oro, chaleco de los de antes, zapatos relucientes, canas requetepeinadas, arrugas de galán de cine, de esas que agradan en un hombre maduro. Debía rondar los sesenta, pero eso sí, un señorío de los que ya no quedan. Se metió la mano en el bolsillo y pensé que me había tomado por una pedigüeña y que iba a ofrecerme una limosna, pero lo que sacó fue un paquete de clínex, que me ofreció galantemente para que me sonara los mocos. Luego se sentó a mi lado y me preguntó que qué me pasaba, y una iba tan dolida con la vida, tan hambrienta de compartir sus penas

con el primer venido, tan deseosa de confiarse a alguien, que le conté todito todo de un tirón, atragantándome de las prisas, como si conociera a aquel buen señor de toda la vida, lo mismo que si me estuviera confesando a un cura. Al acabar, se volvió a sacar el paquete de clínex del bolsillo y levantándome la barbilla con delicadeza me enjugó una lágrima que se me había quedado prendida en un ojo y me preguntó cómo me llamaba y cuando se lo dije, me sonrió y me susurró al oído: '¿Cuánto quieres por echar un polvo, Rosa?' Rosa, o sea servidora, se quedó con la boca abierta al oír aquella proposición de un hombre que podría ser mi abuelo y que hacía un momento se había portado como un caballero, pero es que una era muy joven y muy infeliz y tenía mucho que aprender de la vida, de los abuelos y de los caballeros. Pero a lo que iba, al rato me fui con aquel señor, que dijo ser don Ramón Gonzalo Sandiego, Ramón para ti, nena. Cogimos un taxi hasta una casa de esas de las de verdad, con su garaje, su jardín, sus arbolitos, su fuente, sus balcones con macetas, su chimenea vamos, que tenía de todo, y allí don Ramón me dio de comer y de beber cuanto quise, me desnudó, me bañó en una bañera que más parecía una piscina, y luego me llevó en volandas a una alcoba con espejos por todas partes y me echó dos polvos seguidos, a quemarropa, uno por delante y otro por detrás, y cuando acabó todavía tenía el manubrio en alto y en pie de guerra y le tuve que hacer una paja para aliviarle. Me pidió que volviera otro día, un jueves tenía que ser, y me despidió con un mordisquito en el pezón derecho y unos miles de pesetas. Cuando volví al piso me dije que un día es un día y que no volvería a las andadas, pero el caso es que llevaba conmigo un buen parné y durante un tiempo los niños y yo no tuvimos que preocuparnos por el pan nuestro de cada día.

Una, señor juez, en su inocencia, se decía que aquello era pasajero, algo así como un sarampión, que viene y se va, que podía hacerlo por un tiempo, para salir del paso, para sacar a las criaturas adelante, hasta que se arreglaran las cosas, y así, de la noche a la mañana se acabaron las colas y los ministerios y los timbres y la madre que parió a tanto papeleo, y perdone usted la expresión, que una no ha ido a la escuela y no tiene más luces que las tristes bombillas de casa. Durante un tiempo don Ramón fue uno de mis mejores clientes, pero luego vinieron otros, y cuando no vinieron, una salió a buscarlos y así me encontré haciendo la calle, y siempre diciéndome que era por una temporada, hasta que las tornas cambiaran y saliera de nuevo el sol. El sol, señor juez, ha salido muchas veces desde entonces y otras tantas se ha puesto. Y una ya no se acuerda de don Ramón, ni de los demás, se me confunden unos con otros de tantos como fueron. A veces, pensando en la tarde aquella del parque, me digo que parece que fue ayer, pero lleva una en este oficio que dicen que es tan antiguo la friolera de veinte años y un día. Así tal y como una condena, señor juez, y que conste que una se queja por vicio, que al fin y al cabo servidora ha sacado adelante a una familia. Una ya no es lo que era, ni los pechos son tan firmes, ni el culo tan respingón, ni las cachas tan ídem, ni la carne tan maciza, que los años no pasan en balde. A estas alturas, servidora las ha visto de todos los colores y de todos los calibres. A una se la han metido por delante, por detrás y hasta doblada, que suele decirse, y perdone usted lo crudo de mis palabras, señor juez, que no está en el ánimo de una el sacar los colores a usía, pero las cosas claras y el chocolate espeso; o sea que al pan pan, y a la polla polla, y si no, que venga Dios y lo vea. A una, señor juez, la han empalado por todos los rincones de

este cuerpo ya no tan serrano, que ya dicen, y con razón, que todo vale en el amor y en la guerra, que sobre gustos no hay disputas y en esto del puterío hay de todo, como en botica. Tragar, una ha tenido que tragar lo que no está escrito, pero bueno, una está para eso, nunca mejor dicho, y en su profesión una es tan honrada como la que más y no caben remilgos ni manías, que si caben, mejor dejarlo, que en este oficio, sobre todo en este oficio, no hay que hacerle ascos a nada. Y ya sin más preámbulos, señor juez, le narraré en pocas palabras lo ocurrido la noche de la desgracia.

Una iba a lo que iba, de cara al negocio, cuando me salió al paso el imperfecto o el interfecto, que dicen ustedes. A fuerza de ver tantos hombres, una está hecha a calarlos al primer golpe de vista, igual que hace el entendido con los melones, y así, a la primera ojeada ya me pareció un Rodríguez desvalido, tímido y poca cosa, dicho sea sin ánimo de faltar. No discutió el precio y mantenía la cabeza baja, como avergonzado, como si fuera la primera vez. En el hotel, mi cliente pagó a la patrona lo que le pedía por el cuarto, sin rechistar. Cuando ya solos, lo dejé en pelotas, se la lavé bajo el grifo del lavabo, por aquello de la higiene, y ya entonces me pareció muy poquita cosa, pero ya se sabe: la picha como el globo, tan pronto nada como todo. Cuando vio servidora que no se le levantaba, puse manos a la obra, que al fin y al cabo una es una profesional como la copa de un pino y no puede permitir que su reputación quede en entredicho. Y con la venia, que dicen ustedes, además de profesional una es cariñosa, que eso nunca está de más y que yo sepa a nadie le amarga un dulce. O sea, que me empleé a fondo, manos, boca, tetas, culo, lengua y le iba diciendo vida mía, ricura, cuchifritín y otras ternezas por el estilo; en fin que puse toda la carne en el asador para

levantar a aquel pito desgano. Pero ni por ésas, el pirindolo aquel sin enterarse, como quien oye llover, el muy jodío. Sudaba una a mares y el estoque aquel inalterable, sin ganas de entrar a matar, a medio desenfundar, bandera a media asta como quien dice. Y de repente, el pobrecito mío se me armó de valor y sacándose un palo de la manga, esto de la manga es un decir pues mi cliente estaba en cueros, me lo entregó, sonriendo tímidamente. ¡Acabáramos! Así pues era de ésos. Una ha visto tanta rareza que no se arruga ante nada. Mire usted, usía, menos con mujeres, una lo hace todo. Lo de ir con hombres estará mal visto, pero a la postre es ley de vida, mientras que lo de las mujeres sí que me parece pecado. Me pueden llamar de todo, menos tortillera, por ahí no paso, no señor. Pero a lo que íbamos, servidora empuñó el palo y, por aquello de que el cliente siempre tiene razón, lo descargó en los costillares del masoca, que resonaron como una zambomba navideña. '¿Te he hecho daño, vida?' preguntó una, que no quería pasarse. 'Pega, pega sin miedo', me animó el hombre, y una, que es servicial por naturaleza y además está para eso, le infló a palos. Y cuanto más pegaba, más quería el condenado, que nunca tenía bastante, y eso que servidora se empleó a fondo, siempre cumpliendo órdenes, faltaría más. Y lo que son las cosas, señor juez, aquella picha soliviantada y declarada en huelga de brazos caídos, se levantó como un solo hombre y se puso más tiesa que un huso del Guadarrama. Era cosa de verlo, qué cambio me pegó el capullo aquel, estaba irreconocible, ole sus cojones, y perdone usted lo irreverente del dicho. Al final, sin ayuda ni nada, se corrió echando leches que era cosa de verlo. Y una, en su buena fe, dale que te pego, pensando que el cliente se me moría de gusto, cuando la verdad, ¡jay de mí!, es que se me moría de verdad, se ve

que de tantos palos que le di, le baldé el espinazo. Se me quedó frito en los brazos, alma de Dios, lo mismito que un pajarito. Le juro a usted, señor juez, por lo más sagrado de este mundo que fue un accidente laboral, que dicen los del sindicato, lo mismo que el albañil que da un traspies y cae del andamio y se descalabra, igual que el minero que muere sepultado cuando un derrumbe, idéntico que el motorista que se estampa contra un árbol, pues eso. Se lo juro a usted por la salud de mis tres hijos y pongo por testigo a Nuestra Señora de la Ramería, santa patrona del gremio de las prostitutas, que me muera aquí mismo si miento.

Enrique Sánchez Abulí